

siempre y en todas partes vandalismo. La lista de las destrucciones es inagotable. Fué comenzada por nosotros y por otros escritores de mayor importancia que nosotros. Sería fácil aumentarla, sería imposible cerrarla y acabarla.

Acabamos de referir una proeza de un ayuntamiento. En otro punto, es un alcalde quien cambia de lugar un monumento celta para señalar el lindero de un campo del ayuntamiento; es un obispo que manda raspar y encalar las paredes y columnas de su catedral; es un prefecto que derriba una abadía del siglo xiv para poner á descubierto las ventanas de su salón; es un artillero que arrasa un claustro del año 1460 para prolongar un polígono; es un concejal que convierte el sarcófago de Teodeberto en un abrevadero de tocinos.

Podríamos citar los nombres. Les compadecemos. Los callamos.

Sin embargo, no merece ser disculpado ese cura de Fécamp que mandó destruir el ambón de su iglesia, bajo pretexto de que ese macizo de piedra incómodo, cincelado y esculpido por las manos milagrosas del siglo xv, privaba á sus feligreses de la dicha de contemplarle, á él, cura y párroco, en la esplendidez de su altar. El albañil que cumplió la orden del beato se hizo con los restos del ambón una admirable casita que puede verse en Fécamp. ¡Qué vergüenza! ¿Qué se han hecho aquellos tiempos en que el sacerdote era el supremo arquitecto? ¡Ahora el peón de albañil enseña al cura!

¿No hay también un dragón que quiere hacer de la iglesia maravillosa de Brou, su granero y depósito de heno, y que ingenuamente pide permiso para ello al ministro? ¿No estaban ya raspando de arriba abajo la hermosa catedral de Angers cuando cayó en su campanario, negro é intacto todavía, un rayo que

quemó la flecha, como si hubiese tenido inteligencia, prefiriendo derribar el campanario que dejarlo raspar por los concejales del ayuntamiento? Un ministro de la restauración recortó las admirables torres de Vincennes y las hermosas murallas de Tolosa. ¿No hubo en Saint-Omer un prefecto que destruyó las tres cuartas partes de las magníficas ruinas de Saint-Bertin, con el pretexto de *procurar trabajo á los obreros*? ¡Amarga burla! Si sois administradores tan medianos, cerebros tan estériles, que ante los caminos que empedrar, canales que cavar, calles que adoquinar, puentes que dragar, landas que desecar y escuelas que construir, no sabéis en qué emplear á vuestros obreros, á lo menos no les entreguéis como una presa nuestros edificios nacionales para que los destruyan, no les digáis que se hagan pan con piedras. Dividid mejor á esos obreros en dos grupos; que uno de ellos cave un gran agujero, y que luego rellene el suyo con la tierra del otro. Y, además, pagadle ese trabajo. Ahí tenéis una idea. Prefiero lo inútil á lo perjudicial.

En París el vandalismo florece y prospera ante nuestra vista. El vandalismo es arquitecto. El vandalismo camina con pretensión y afecta cierta dignidad. El vandalismo es festejado, aplaudido, alentado, admirado, acariciado, protegido, consultado, subvencionado, pagado y naturalizado. El vandalismo es contratista de obras por cuenta del gobierno. Se ha instalado subrepticamente en el presupuesto, y le come, le roe sin hacer ruido, como el ratón á su queso. Y, sin duda, gana bien su dinero. Todos los días derriba alguna cosa de lo poco que nos queda de ese admirable viejo París. ¿Qué sé yo? El vandalismo pintó á Nuestra Señora; el vandalismo retocó las torres del Palacio de Justicia; el vandalismo arrasó á *Saint-Magloire*; el vandalismo destruyó el claustro de los Jacobinos; el vandalismo amputó dos de las tres

flechas de Saint-Germain-des-Près. Hablaremos quizás, dentro de algunos instantes, de los edificios que construye. El vandalismo tiene sus periódicos, sus camarillas, sus escuelas, sus cátedras, su público, sus razones. El vandalismo tiene de su parte á los burgueses. Está bien alimentado, con buenas rentas, hinchado de orgullo, casi sabio, muy clásico, buen lógico, fuerte teórico, alegre, poderoso, afable si es preciso, locuaz y contento de sí mismo. Imita á Mecenas y protege á los talentos jóvenes. Es profesor. Otorga grandes premios de arquitectura. Envía discípulos á Roma. Lleva casaca bordada, espada al cinto y calzón á la francesa. Es del Instituto. Va á la corte. Da el brazo al rey y pasea con él por las calles, comunicándole sus planes en voz baja, al oído. Habéis debido encontrarlo.

Algunas veces se convierte en propietario, y cambia la magnífica torre de Saint-Jacques-de-la-Bouche-rie en fábrica de perdigones, implacablemente cerrada para el anticuario investigador; y hace de la nave de Saint-Pierre-aux-Bœufs un almacén de pipas vacías, del Hôtel de Sens una cuadra, de la casa de la Corona de oro una pañería, de la capilla de Cluny una imprenta. Algunas veces se vuelve pintor de edificios, y echa al suelo Saint-Landry para construir, en el puesto que ocupó aquella sencilla y hermosa iglesia, una grande y fea casa que no se alquila. Otras veces se vuelve actuario y llena de papeles la Santa Capilla, iglesia que será el más admirable adorno de París, cuando haya destruído á Nuestra Señora. Algunas veces se hace especulador, y en la nave deshonrada de Saint-Benoît encaja violentamente un teatro, y ¡qué teatro! ¡Oprobio! El claustro santo, docto y grave de los benedictinos, metamorfoseado en no sé qué mal lugar literario.

En tiempo de la restauración, tomaba aires de

franqueza y brincaba saltando sin ningún reparo, lo reconocemos. Todo el mundo recuerda de qué modo el vandalismo, que también entonces era arquitecto del rey, trató á la catedral de Reims. Un hombre de honor, de ciencia y de talento, M. Vitet, indicó ya ese hecho. Aquella catedral, como se sabe, está llena de excelentes esculturas de arriba abajo, que sobresalen por todos lados de su perfil. En la época de la consagración de Carlos X, el vandalismo, que es buen cortesano, temió que alguna piedra no se desprendiese por casualidad de aquellas esculturas, y no cayese inopinadamente sobre el rey, en el instante en que pasase su majestad; ¡y sin compasión, y con fuertes martillazos, durante tres meses seguidos, arrancó los salientes rebordes de la vieja iglesia! El que escribe estas líneas tiene en su casa una hermosa cabeza de Cristo, resto curioso de aquella ejecución.

Desde julio ha hecho otra que puede servir de complemento á aquella; es la ejecución del jardín de las Tullerías. Volveremos á hablar algún día y extensamente de ese bárbaro disloque, de ese trastorno incomprendible. Sólo lo citamos aquí para hacer memoria de él. Pero, ¿quién no se ha encogido de hombros al pasar ante aquellos dos pequeños cercados usurpados á un paseo público? Han hecho morder al rey el jardín de las Tullerías, y he ahí los dos bocados que se reserva. Toda la armonía de una obra real y tranquila queda trastornada, la simetría de los jardines desaparece, los lagos dan mala vista, afean el arriate; no importa, se tienen los dos jardinillos. ¿Qué se diría de un fabricante de zarzuelas que sacase una ó dos cancioncillas de los coros de *Atalia*? Las Tullerías eran la *Atalia* de LE NÔTRE.

Se dice que el vandalismo ha condenado ya á nuestra vetusta é irreparable iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois. El vandalismo tiene ideas suyas. Quiere

que una gran calle, muy grande, atravesase por París de un extremo á otro. ¡Una calle de una legua! ¡Cuántas magníficas destrucciones por el camino! ¡Caerá Saint-Germain-l'Auxerrois, y quizás también la admirable torre de Saint-Jacques-de-la-Boucherie! Pero ¿qué más da? ¡Una calle de una legua! ¡Comprenden ustedes lo hermoso que será! Una línea recta tirada desde el Louvre á la barrera del Trono; desde un extremo de la calle, en la barrera, se contemplará la fachada del Louvre. Es verdad que todo el mérito de la columnata de Perrault, si es que hay mérito, está en sus proporciones ó dimensiones, y que ese mérito se desvanecerá en la distancia; pero, ¿qué importa? ¡Se tendrá una calle de una legua! Desde el otro extremo, en el Louvre, se verá la barrera del Trono, las dos columnas proverbiales que conocéis, flacas, delgadas, risibles, como las piernas de Potier. ¡Oh maravillosa perspectiva!

Esperemos que ese burlesco proyecto no se realizará. Si se tratase de llevarlo á cabo, esperemos que habrá un motín de artistas. Lo apoyaremos cuanto podamos.

Los devastadores no carecen jamás de pretextos. Cuando la restauración, estropeaban, deslucían, desfiguraban, profanaban los edificios católicos de la Edad media con la mayor devoción del mundo. La congregación había desenvuelto sobre las iglesias la misma excrecencia que sobre la religión. El sagrado corazón se había hecho mármol, bronce, pintarrajeado y madera dorada. Ocurría á menudo en las iglesias bajo la forma de una capillita pintada, dorada, misteriosa, elegiaca, llena de ángeles mofletudos, coqueta, galante, redonda y con media luz, como la de San Sulpicio. No había una catedral ó una parroquia en Francia á la cual no le brotase, enfrente ó al lado, una capilla de ese género. Esa capilla constituía para

las iglesias una verdadera enfermedad. Era la berruga de Saint-Acheul.

Después de la revolución de julio, las profanaciones continúan, más funestas y mortales todavía y con otras parecidas. Al pretexto devoto ha sucedido el pretexto nacional, liberal, patriota, filosófico, volteriano. No se *restaura* ya, no se estropea, no se afea ningún monumento; lo echan abajo. Y tienen buenas razones para ello. Una iglesia es el fanatismo, un torreón es el feudalismo. Se denuncia un monumento, se destruye un montón de piedras, se *septembrizan* las ruinas. Apenas logran salvarse nuestras pobres iglesias, aun poniéndose escarapela. No hay una Nuestra Señora en Francia, por colosal, por venerable, por magnífica, por imparcial, por histórica, tranquila y majestuosa que sea, que no tenga su banderita tricolor en la oreja. Algunas veces se salva una admirable iglesia escribiendo en ella: *Alcaldía*. Nada menos popular entre nosotros que esos edificios hechos por el pueblo y para el pueblo. No les perdonamos todos esos crímenes de los tiempos pasados de que fueron testigos. Quisiéramos borrar todo ello de nuestra historia. Devastamos, pulverizamos, destruimos, demolemos por espíritu nacional. A fuerza de ser buenos franceses, nos volvemos excelentes welchos.

Entre ellos se encuentra á ciertas gentes á quienes repugna lo que hay de vulgar en la magnífica algarabía de julio, y que aplauden á los demoleedores por otras razones, razones doctas é importantes, razones de economista ó de banquero.

—¿Para qué sirven esos monumentos?, dicen. Cuestan gastos de conservación, y nada más. Derribadlos y vended los materiales. Siempre se habrá ganado eso.—Bajo el puro concepto económico, el racionamiento es malo. Lo hemos establecido ya más arriba; esos monumentos son capitales. Muchos de ellos,

cuya fama atrae á los extranjeros ricos á Francia, producen al país mucho más que el interés del dinero que costaron. Destruirlos es privar de una renta al país.

Pero dejemos ese árido punto de vista y discutamos desde mayor altura. ¿Desde cuándo se atreve alguien, en plena civilización, á preguntar al arte acerca de su *utilidad*? ¡Desdichados de vosotros si no sabéis para qué sirve el arte! No hay nada más que deciros. ¡Id! ¡Destruid! ¡Utilizad! Haced sillarejos con Nuestra Señora de París. Haced gruesas monedas de cobre con la Columna.

Otros aceptan y quieren el arte; pero sostienen que los monumentos de la Edad media son construcciones de mal gusto, obras bárbaras, monstruosidades arquitectónicas que convendría abolir pronto y cuidadosamente. Tampoco á esos hay nada que contestar. Han concluído. La tierra ha girado, el mundo ha marchado desde ellos acá; tienen los prejuicios de otros siglos, no son ya de la generación que ve el sol. Pues es preciso, lo repetimos, que las orejas de todas dimensiones se habitúen á oírlo decir; al mismo tiempo que una gloriosa revolución política se realizaba en la sociedad, efectuábase una gloriosa revolución intelectual en el arte. Hace ya veinticinco años que Carlos Nodier y madama de Staël lo anunciaron en Francia; y si fuese permitido citar un nombre obscuro después de esos nombres célebres, añadiríamos que hace catorce años que luchamos por ella. Ahora está hecha, se ha realizado. El ridículo duelo de los clásicos y los románticos concluyó por sí mismo, siendo todos al final de igual opinión. Ya no hay cuestión. Todo cuanto tiene porvenir será para el porvenir. Apenas quedan aun en los *traslocutorios* de los colegios, en la penumbra de las academias, algunos buenos ancianos niños que juegan en su rincón con las poéticas y los

métodos de otras edades; unos poetas, otros arquitectos; éste amparándose en las tres unidades, el otro con los cinco órdenes; unos tiran yeso, según Vignole; los otros estropean versos, según Boileau.

Eso es respetable. No hablemos más de ello.

Pues bien, en esa renovación completa del arte y de la crítica, la causa de la arquitectura de la Edad media, defendida seriamente por primera vez desde hace tres siglos, fué ganada al mismo tiempo que la buena causa general; ganada por todas las razones de la ciencia, ganada por todas las razones de la historia, ganada por todas las razones del arte, ganada por la inteligencia, por la imaginación y por el corazón. No volvamos, pues, á hablar de la cosa juzgada y bien juzgada; y digamos alto al gobierno, á los municipios, á los particulares, que son responsables de todos los monumentos nacionales que la casualidad coloca en sus manos. Debemos cuenta de lo pasado al porvenir. *Posterius, posterius, vestra res agitur.*

En cuanto á los edificios que nos construyen en cambio de los que nos destruyen, no se nos engaña, no los queremos. Son malos. El autor de estas líneas sostiene todo cuanto ha dicho en otra parte (1) acerca de los monumentos modernos del París actual. No tiene nada más suave ni agradable que decir de los monumentos que se están edificando. ¿Qué nos importan las tres ó cuatro pequeñas iglesias cúbicas que construís aquí y allí? ¡Dejad que se hunda vuestra ruina del Quai d'Orsay con sus pesados arcos y sus feas columnas encajadas! ¡Dejad que se hunda vuestro palacio de la Cámara de los diputados que no desea otra cosa! ¿No es un insulto, en el lugar llamado *Escuela de bellas artes*, aquella construcción híbrida y fastidiosa, cuyo dibujo ensució durante tanto tiempo

(1) *Nuestra Señora de París.*

el torreón de la casa inmediata, presentando desvergonzadamente su desnudez y su fealdad junto á la admirable fachada del castillo de Gaillon? ¿Hemos descendido á tanta miseria que nos sea absolutamente indispensable admirar los extramuros de París? ¿Hay en el mundo algo más jorobado y más raquítico que vuestro monumento expiatorio (¡y no se sabe lo que expía!) de la calle de Richelieu? ¿No es una hermosa cosa, en verdad, vuestra Magdalena, segundo tomo de la Bolsa, con su pesado tímpano que ahoga su flaca columnata? ¡Oh! ¿Quién me librá de las columnatas?

¡Por Dios, emplead mejor vuestros millones!

No los empleéis siquiera en reformar el Louvre. Quisierais acabar de cerrar lo que llamáis el paralelógramo del Louvre. Pero os prevenimos que ese paralelógramo es un trapecio; y para un trapecio es demasiado dinero. Además, el Louvre, salvo lo que es del renacimiento, el Louvre, sépanlo ustedes, no es hermoso. No hay que admirar y seguir, como si fuese de derecho divino, todos los monumentos del siglo xvii, aunque son mejores que los del xviii y, sobre todo, que los del xix. Sea cual fuere su buen aspecto, sea cual fuere su gran apariencia, ocurre con los monumentos de Luis XIV como con sus hijos. Hay muchos bastardos.

El Louvre, cuyas ventanas entallan el arquitrave, el Louvre es de esos.

Si es verdad, según lo creemos, que la arquitectura, única entre todas las artes, no tenga porvenir, emplead vuestros millones en conservar, en sostener, en eternizar los monumentos nacionales é históricos que pertenecen al Estado, y en adquirir los que poseen los particulares. El rescate será módico. Los conseguireis por poco precio. Tal propietario ignorante venderá el Partenón por lo que vale la piedra.

Haced restaurar esos hermosos y graves edificios. Haced que los restauren con esmero, con cuidado, con inteligencia, con sobriedad. Tenéis á vuestro alrededor á hombres de ciencia y de buen gusto que os ilustrarán en ese trabajo. Sobre todo que el arquitecto restaurador sea frugal en cuanto á sus propias imaginaciones; que estudie con curiosidad el carácter de cada edificio, según cada siglo y cada clima. Que se penetre de la línea general y de la línea particular del monumento que le ponen en manos, y que sepa soldar con habilidad su genio con el genio del arquitecto antiguo.

Los municipios están bajo vuestra tutoría; prohibidles que destruyan.

En cuanto á los particulares, á los propietarios que quieran obstinarse en destruir, que se lo prohíba la ley; que se tase su propiedad, que se pague y la adquiera el Estado. Permítasenos transcribir aquí lo que decíamos acerca de esto en 1825: «Es preciso detener el martillo que mutila la faz del país. Bastaría una ley; que se haga. Sean cuales fueren los derechos de la propiedad, la destrucción de un edificio histórico y monumental no debe permitirse á esos innobles especuladores á quienes ciega el interés sobre el honor; ¡miserables hombres, y tan imbéciles, que no comprenden ni siquiera que son bárbaros! Hay dos cosas en un edificio, su uso y su belleza. Su uso pertenece al dueño, su belleza á todo el mundo, á vos, á mí, á todos. Por consiguiente, destruirlo es traspasar el derecho.»

Esto es asunto de interés general, de interés nacional. Todos los días, cuando el interés general levanta la voz, la ley hace callar las lamentaciones del interés privado. La propiedad particular fué á cada instante, y lo es aún hoy, modificada en sentido de la comunidad social. Se os compra por fuerza vuestro campo

para levantar en él una plaza, vuestra casa para convertirla en hospicio. Os comprarán vuestro monumento.

Si es precisa una ley, lo repetimos, que se haga. Oímos ya las objeciones que se levantan por todas partes:—¿Acaso tienen tiempo para ello las Cámaras? —¡Una ley por tan poca cosa!

¡Por tan poca cosa!

¡Cómo! Tenemos cuarenta y cuatro mil leyes de las cuales no sabemos qué hacer, cuarenta y cuatro mil leyes de las cuales apenas hay diez buenas. Cada año, cuando las Cámaras trabajan, las ponen por cientos, y de la incubación sólo dos ó tres nacen con vida. Se hacen leyes sobre todo, para todo, contra todo y acerca de todo. Para transportar los cartones de tal ministerio de un lado á otro de la calle de Grenelle, se hace una ley. ¿Y una ley para los monumentos, una ley para el arte, una ley para la nacionalidad de Francia, una ley para los recuerdos, una ley para las catedrales, una ley para los mayores productos de la inteligencia humana, una ley para la obra colectiva de nuestros padres, una ley para la historia, una ley para lo irreparable que se destruye, una ley para lo que una nación tiene de más sagrado después del porvenir, una ley para el pasado, esa ley justa, buena, excelente, santa, útil, necesaria, indispensable, urgente, no se tiene tiempo, no se hará?

¡Risible! ¡Risible! ¡Risible!



1833

IMBERT GALLOIX



IMBERT Galloix era un pobre joven de Ginebra, hijo ó nieto, si tenemos buena memoria, de un viejo maestro de escuela de aquel país; un pobre ginebrino, decimos, bien educado y literato también, que vino á París hace seis años, sin tener de qué vivir más allá de un mes; pero con la idea, que engañó á tantos otros, que París es una ciudad de suerte y de lotería, donde cualquiera que juega bien el juego de su destino concluye por ganar; una metrópoli bendita donde hay porvenir hecho y derecho para escoger, que cada cual puede ajustar á su existencia; una tierra de promisión que abre magníficos horizontes á todas las inteligencias y en todos los sentidos; un vasto taller de la civilización donde toda capacidad halla trabajo y hace fortuna; un Océano donde cada día se efectúa la pesca milagrosa; una ciudad prodigiosa, en una palabra, una ciudad de rápido buen éxito y de excelente actividad, de la cual, en menos de un año, el hombre que entró sin zapatos sale en carroza.